

17-I-90

Olvidan Allá Presentar su Lado Oscuro

Verdades a Medias en México y EU

- ★ No Todos Somos Caros Quinteros o Corruptos Aquí
- ★ Tampoco la Demanda es Razón Unica del Narcotráfico
- ★ Talón de Aquiles del Gobierno Frente a Washington

LORENZO MEYER

Por lo que al narcotráfico se refiere, la relación actual entre los gobiernos y las élites de México y Estados Unidos se puede caracterizar como una entre dos verdades a medias (¿dos hipocresías?).

Una verdad a medias es la de los funcionarios, legisladores y periodistas estadounidenses que se escandalizan por la corrupción gubernamental mexicana (lo cual no les impide alabar el programa económico neoliberal de ese mismo gobierno). La otra es la que sostienen en México las contrapartes de los estadounidenses, y que señala que la responsabilidad del narcotráfico está en la demanda estadounidense, y que todo ataque externo a la obvia corrupción de las autoridades mexicanas es, a la vez, un esfuerzo por desviar la atención de las verdaderas causas y una presión indebida para debilitar la oposición mexicana a la violación estadounidense del principio de no intervención. Por parciales, ambas posiciones son inaceptables.

Como se sabe, hace más de una semana la cadena de televisión NBC decidió transmitir en las horas de

17-I-90

máxima atención del público estadounidense una miniserie titulada "La guerra de las drogas: la historia de Camarena". Se trata de una producción mezcla de actuación e imágenes de archivo, basada en el libro de la periodista Elaine Shannon, y que pretende recrear los hechos que llevaron al secuestro, tortura y asesinato de Enrique Camarena, agente de la Drug Enforcement Administration (DEA) de Estados Unidos, y de un piloto mexicano, en Guadalajara en 1985. El objetivo de la colaboración Shannon-NBC, fue lograr una producción que mostrara al

público estadounidense, simplificando en exceso, uno de los grandes obstáculos a los que se enfrentan los agentes de la DEA en su lucha contra el narcotráfico: la extendida y arraigada corrupción de las policías, fuerzas armadas y autoridades de los países extranjeros donde se producen y comercializan las drogas, en este caso concreto, México.

La reacción oficial y oficialosa en México ha sido la previsible, pero no por trillada deja de ser verdad: no se vale presentar ante millones de estadounidenses las ligas criminales de policías y políticos mexicanos con narcotraficantes, sin

presentar, a la vez, la otra cara de la moneda: las ligas entre esos narcotraficantes y la extensa red de distribución de la droga dentro de Estados Unidos, pero sobre todo, sin presentar la conexión entre personajes como Caro Quintero y la demanda (exigencia) de drogas por un grupo numeroso (de millones) de estadounidenses de todas las clases sociales (especialmente las bajas, desafortunadamente) dispuestos por razones que van desde la injusticia social hasta la locura, a violar cotidianamente la ley en busca de paraísos artificiales.

Frente a estas dos argumentaciones ya conocidas, me interesa destacar un punto relativamente menos evidente pero muy importante desde el punto de vista mexicano, y no del gobierno sino de la sociedad. Lo difícil de aceptar para un mexicano del programa de la NBC no está en que se haya sentido a la policía y a la clase política mexicana en el banquillo de los acusados internacionales con datos que, a primera vista, suenan bastante creíbles. En sí mismo ese hecho no es un ataque a todos los mexicanos sino a algunos, a los que han hecho todo lo posible por merecerlo.

Lo que sí puede molestar a un mexicano normal es, en primer lugar, la simplificación y la parcialidad con que se presentan los argumentos de un problema muy complejo y, en segundo lugar, las implicaciones que tienen para México como nación esa simplificación y parcialidad en el reparto de premios y castigos en la lu-

cha internacional contra los narcotraficantes.

La simplificación está en poner en un programa para un público masivo y sin recursos para impugnar lo que se le presenta en pantalla, toda la culpa del asesinato de Enrique Camarena y su colaborador en los hombros de mexicanos. En efecto, la cadena que lleva la cocaína o heroína desde los campos latinoamericanos hasta los hogares norteamericanos es cortada arbitraria y artificialmente por Shannon-NBC en un punto clave, de tal manera que en la televisión sólo se da atención a los eslabones que están físicamente en México. Esta situación permite, sin necesidad de usar información falsa, pre-

sentar una situación perfectamente maniquea y que, en última instancia, dejara satisfecha la conciencia del auditorio norteamericano pero le impide encarar la explicación completa y profunda de un fenómeno que puede ser muchas cosas menos simple.

"La guerra de las drogas" presenta básicamente un mundo de buenos y malos, donde prácticamente no hay medias tintas. No todos los mexicanos que aparecen en la serie son unos villanos (Florentino Ventura es bueno), pero prácticamente todos los villanos son mexicanos. En la serie, casi todos los personajes honrados, capaces de indignación moral aquellos que viven de acuer-

do al código moral aceptable, son norteamericanos. Dado el formato del programa, los millones de norteamericanos que han acicateado a personajes del lumpen latinoamericano como Caro Quintero a organizar a sangre, fuego y corrupción la producción y distribución de las drogas no aparecen; es decir, no aparecen más que los asesinos materiales de Camarena y sus cómplices dentro del aparato policiaco y político-mexicano, pero no se presentan a los otros cómplices y autores intelectuales de la muerte del de la DEA y de muchos más: los norteamericanos demandantes de la droga. Si la producción de la NBC es básicamente, un episodio de la eterna historia de la lucha entre el bien y el mal, entonces resulta que le faltaron varios representantes del mal, pero desafortunadamente la cadena televisiva fue selectiva: la lista de mexicanos malos está casi completa pero la de los norteamericanos tiene muchos huecos. Ni duda que se puede, como dice el título de un libro famoso, mentir con las estadísticas.

★

Pero hay algo más. En la miniserie de la NBC hay una pregunta implícita terrible y que sin duda se la debieron de haber hecho muchos de los televidentes norteamericanos: ¿qué clase de sociedad es esa que produce una variedad tan abundante de corruptos como es el caso de México? Desde la perspectiva del programa la corrupción mexicana es total e indiscriminada. Abarca desde el alto funcionario en la ciudad de México que siempre supo quién asesinó a Camarena y por qué (conocimiento que tiene un precio), pasa por los comandantes de la policía y los generales del Ejército, hasta llegar a esos mexicanos comunes que sin ningún recato se lanzan al suelo a recoger los dólares que por puñados les arroja Caro Quintero desde su auto y tras una de sus muchas y públicas noches de orgía tapatia.

El programa no pone de manifiesto la enorme distancia que existe entre la sociedad mexicana y sus autoridades, y no lo pone porque eso le quita simplicidad a la obra y porque entonces hubiera tenido que entrar en el difícil problema de explicar el autoritarismo mexicano. Problema difícil no tanto para la NBC sino para los funcionarios federales estadounidenses invitados a comentarlo, como Wil-

liam Bennett, el responsable de la lucha contra el narcotráfico en Estados Unidos. Después de todo, el supuestamente honrado y recto gobierno de Estados Unidos ha insistido una y otra vez sin recato ni pudor que México es una democracia con todas las de la ley y que, por tanto, sus autoridades —esas autoridades corruptas hasta la médula, según Shannon-NBC— son legítimas y, lo que es peor, representativas de los valores y actitudes mexicanas por haber sido elegidos en comicios libres y con resultados transparentes.

Pero no, como bien lo dijera no hace mucho en su columna en EXCELSIOR Antonio Hass, es falso que todo país tenga el gobierno que se merece y eso es especialmente aplicable a nuestro caso. Sin poner en claro, y bien en claro, que gobierno y sociedad son dos entes distintos en México, programas como el discutido pueden hacer daño porque consciente o inconscientemente llevan al espectador a concluir que la causa última del mal que de manera tan dramática se le ha mostrado, es la naturaleza misma de la sociedad, los valores y la forma de vida mexicanas. Y eso es inaceptable. En México no todo es corrupción ni la corrupción que existe es tolerada y alentada por la sociedad en su conjunto.

Cuando una sociedad está en guerra o en conflicto con el mundo externo, tiende a ver al enemigo supuesto o real de manera muy simple. Un ejemplo claro lo tenemos con las visiones

que dominaron en la correspondencia diplomática de las naciones cuyos intereses afectó la Revolución Mexicana —Estados Unidos, Gran Bretaña, etcétera. Esa correspondencia está llena de irritación por los ataques a propiedades extranjeras y de generalizaciones sobre la "naturaleza" cobarde, traidora y ladrona de los mexicanos. Bueno, otra vez corremos el peligro de que en esta peculiar guerra que ha declarado Estados Unidos contra las drogas, lleve a que a ojos estadounidenses todos los mexicanos seamos en la práctica o en potencia, Caros Quinteros, "don Netos" o Pavones Reyes.

★

Una prensa libre (y esto incluye a la televisión) es un factor insustituible para identificar y poner remedio a las lacras de una sociedad. La reacción frente a

programas como "La guerra de las drogas" no está en condenarlos en todo o, peor aún, en poner obstáculos a su difusión, sino en exigirles un mayor grado de profesionalismo y ética. Las denuncias internacionales de la inmoralidad, corrupción y prepotencia de los aparatos de seguridad mexicanos, pueden no gustarnos, pero en principio resultan más positivas que negativas en la larga lucha de la sociedad mexicana por construir una estructura institucional moderna y congruente con los valores que el grueso de nosotros decimos respetar y desear: democracia, libertad, dignidad, justicia. Sin embargo, tenemos que enviar señales muy claras a esa prensa extranjera interesada en explorar el lado oscuro de la vida mexicana para que sea sensible y haga su trabajo sin ofender, sin llevar agua a su molino a costa del nuestro.

Palo dado ni Dios lo quita, pero confiamos en que la respuesta crítica que la miniserie de la NBC ha recibido en México lleve a que la próxima vez —pues esta vez nos habrá una "próxima vez"— los informadores estadounidenses en particular, y extranjeros en general hagan mejor su trabajo y busquen la manera de dar visiones más equilibradas, menos simples y más justas, de problemas muy dolorosos y donde el maniqueísmo resulta una muy mala explicación.

Ahora bien, antes de terminar, no quiero dejar pasar la oportunidad de subrayar una vez más un punto fundamental. El talón de Aquiles del gobierno mexicano en la relación con el poderoso vecino del norte es la ausencia de un verdadero estado de derecho en México. A un gobierno realmente democrático le es más fácil combatir su propia corrupción y, desde luego, movilizar a la sociedad en su defensa cuando las presiones externas se hagan muy fuertes, pues esa sociedad considerará a la estructura de autoridad como algo propio, cosa que es de dudarse que sea el caso en este momento en México.